

«Juan Céspedes con su cabeza limpia en una almohada de
[piedra,
recibiendo los culatazos como una pesadilla.

«A los dieciséis años, José Garrido,
golpeando con la palabra Libertad las puertas de la muerte.

«Juan Antonio Martínez,
pendiendo lo mismo que el badajo de una campana macabra,
moviéndose a influjo de las lanzas.

«Barahona con una bayoneta en las entrañas,
a la manera de un pájaro de horrores,
desangrándose en un poste telefónico,

«¡Y Dinamarca disputándole al sol sus mediodías!»

Y a estos nombres se unen otros: Domingo Gómez Rojas, Manuel Anabalón Aedo, Manuel Fuentes, etc. Perdidos en los años, limpios ya de toda inútil anécdota, resucitan como una nueva mitología frente a las juventudes obreras del presente.

Una atenta y fervorosa lectura merece este libro, «La sangre y sus estatuas», de Andrés Sabella. Algunos de sus poemas, como «Infraestructura», «Chile entre los años», «Los olvidados», son de lo mejor que se ha escrito en nuestro país dentro de la poesía revolucionaria. Ellos deberían insertarse sin demora en todas esas selecciones anémicas que se suelen hacer sobre «la joven poesía chilena».—JUAN NEGRO.

■ <https://doi.org/10.29393/At185-17VVJZ10017>

VIENTO VERDE, cuentos de *Hernán del Solar*.—Editorial Ercilla

Después de acabada la lectura—¡tan breve! de *Viento Verde*, nuestra imaginación por un efecto, que podríamos llamar

centrífugo, han proseguido más allá de la aventura, en donde la dejó el autor en la palabra FIN. Siempre ha sido tarea provechosa del hombre—cuando no está acupado en otras cosas estúpidas—de acogerse al misterio y a la fábula. Un libro como éste incita, como ningún otro, a desprenderse de cierta capa demasiado «humana», que se ha hecho costra, incita a dejar todo el lastre sobre la tierra y a emprender el vuelo acompañado por unos personajes raros y misteriosos. Extraño don de un libro tan bello como el de Hernán del Solar, empezando desde el mismo título.

Pocos escritores tienen la suficiente fuerza para rodear a sus relatos de tal ambiente acaparador, lleno de maravilla y de creación renovada. Así es que el tránsito nos sorprende al dejar a sus personajes a la orilla de la relación del autor. Hacemos esfuerzos, más bien, por acompañarlos bastante tiempo, y los seguimos a esa otra vida en que adquieren figuras y estampas eternas, cuando son creados por un artista verdadero.

No se crea por eso que esos personajes de *Viento Verde* sean grandes personalidades, de fuertes tintes, detallados vigorosamente por el escritor. No, al contrario, son los seres más extraños que hayan podido salir de la mano de un dios, si tal pudo haberlos creado. Viven y se mueven al desgaire, desplazando el menor aire terrenal, perdiendo y recobrando la vida a cada golpe de viento verde. . . .

Tan pronto suspiran en la ancha zona del sueño, como penetran cerca de nosotros, pero siempre esquivando la fisiología visible. Hablando como detrás de un vidrio empañado. Pocas veces tendrá el lector la oportunidad de averiguar de qué color son las corbatas de estos personajes, cómo son sus ojos. Nada de eso hay aquí, eso que hace la delectación amorosa de los escritores superficiales.

Rara vez entran los personajes de *Viento Verde* a la zona de influencia física nuestra. Las palabras que podamos dirigirles, siempre rebotarán en la sonrisa de sus rostros cegados. Si

no fueran de una calidad tan vital—sí, tan vital—, podrían provocar en nosotros la antipatía. Quieren permanecer alejados del torbellino nuestro. Pero esto es solo en apariencia. El huracán que a ellos los alcanza está hecho de esos sedimentos que forman el fondo puro y trágico del hombre. Sus cualidades físicas podrán permanecer nebulosas, pero sus reacciones son terriblemente humanas; el amor, la muerte, la inutilidad dolorosa, son unas de las tantas variaciones en este tema sinfónico de *Viento Verde*, tocado de la gracia y de la poesía, dos cualidades del estilo de Hernán del Solar.

Las veces que nos asomamos más a sus regiones y a sus laberintos, es por la vía de la ironía, y que Hernán del Solar maneja agudamente, como en ese cuento intitulado: «Noche impar». Nunca estos seres así con tanta tragedia e ironía, podrán parecer desarraigados—y menos en la creación literaria—, cuando un escritor seguro y digno, sabe infundirles verdadera llama.

Vemos en estos cuentos de Hernán del Solar una ecuación feliz de sueño o poesía o realidad. Creemos que estas dos tendencias, podríamos decir, del cuento chileno, que casi siempre han marchado separadas, unidas en la creación literaria de un verdadero escritor como Hernán del Solar y otros que inciden en esto—Benjamín Subercaseaux, Carlos Vattier, María Luisa Bombal—, forman ya la única realidad valiosa del cuento nacional.

Esta literatura se aleja de la órbita de todos los días, busca caminos nuevos, avanza siempre entrando en una zona donde el aire se renueva bombeado por la imaginación. Hay siempre aquí un encanto de extrañarse—sin perderse—cuando esta extrañeza proviene de los milagros del hombre! *Viento Verde* es un milagro—de los pocos—de la literatura chilena nueva y joven.—JOSÉ ZAMUDIO Z.

